

ANALES VALENTINOS

REVISTA DE FILOSOFÍA Y TEOLOGÍA

Año V

1979

Núm. 10

ÍNDICE

	<u>Pág.</u>
Miguel Payá Andrés: Iglesia universal - Iglesias particulares. Estado de la cuestión después del Vaticano II ...	249
Ramón Arnau: La competencia del ministro en la celebración eucarística, según Lutero (Mediando en una discusión) ...	285
Jaime Sancho Andreu: "Fide divites". "Bienaventurados los pobres de espíritu" en la interpretación de los Santos Padres, hasta Orígenes ...	311
Miguel Antolí: La teología de la liberación, entre Medellín y Puebla ...	351
Carlos Elorriaga: El aspecto metodológico del acceso al punto Omega según Teilhard de Chardin ...	423
José Luis Villacañas: Mundo sensible - Mundo inteligible en la preparación de la "Dissertatio" de 1770 ...	435
Recensiones ...	491
Actividades del Profesorado de la Facultad	
XIX Congreso de los Moralistas Alemanes ...	501
I Simposio Internacional "Francisco Suárez" ...	503

FACULTAD DE TEOLOGÍA
SAN VICENTE FERRER, VALENCIA
Sección Diócesis

RECENSIONES

MANZANERA, M., *Teología y salvación-liberación en la obra de Gustavo Gutiérrez*. Universidad de Deusto, Bilbao 1978, 470 págs.

El tema de la teología de la liberación parece estar lejos de iniciar su declive. Su impacto en el campo teológico ha sido espectacular. Lo demuestra el cuantioso número de libros que ha originado y la multitud de artículos que se han dedicado al estudio de la liberación. Después de recibir un notable empuje y crédito en Medellín, se ha presentado a las puertas de Puebla como asunto de verdadera actualidad y como tema afectado por una polémica que no disminuye con el curso del tiempo.

Gran parte de lo escrito sobre el tema se dedica a hacer una crítica de la teología de la liberación. Unos con simpatía hacia ella y hacia sus autores, otros con una cierta dosis de desconfianza, se dedican a resaltar los valores y deficiencias que adornan a esta teología.

En esta perspectiva hay que situar el libro de Miguel Manzanera. Se trata de una ponderada y madura tesis doctoral defendida en la Escuela Superior de Teología de Frankfurt. La obra está dedicada al estudio del teólogo de la liberación G. Gutiérrez, al que habrá que considerar como el más destacado de esta escuela. El libro tiene dos partes claramente definidas. En la primera se hace un esfuerzo por penetrar en el pensamiento de Gutiérrez tal como se va curtiendo y manifestando en la sucesión cronológica de sus escritos. En la segunda, se hace una valoración crítica de las aportaciones de este teólogo, muchas de las cuales son elementos fundamentales y comunes a todos los teólogos de la liberación.

Es interesante la aportación de Manzanera. La teología de la liberación es todavía muy joven. Es, por lo mismo, normal que no esté suficientemente curtida y revisada. Bastantes de sus autores, Gutiérrez por ejemplo, manifiestan tener conciencia de ello. La juventud de esta teología se nota a la hora de introducir análisis y teorías procedentes de otras especialidades sin la conveniente revisión y sin el rigor propio de la ciencia. Hay que reconocer que no es fácil practicar ese rigor respecto de una teología que ha nacido en otro continente y partiendo de unos condicionamientos que no son compartidos por la vetusta Europa, desde donde se ha orientado casi toda la producción teológica mundial.

A lo largo del libro, Manzanera tiene multitud de ocasiones de referirse a la teología de la liberación como tal. Queda patente siempre su simpatía y la decidida valoración positiva que hace respecto de ella y sus autores. Manzanera, lo mismo que otros muchos críticos, afirma la conveniencia de que se verifique un diálogo entre los teólogos de la liberación y los europeos. Reconoce que el diálogo será provechoso para ambos interlocutores. La teología de la liberación

puede ser pulida de sus imperfecciones. No cabe duda que la tesis de Manzanera constituye una valiosa aportación en ese sentido.

MIGUEL ANTOLÍ

MARTÍN HERNÁNDEZ, FRANCISCO - PARRADO, LOPE RUBIO, *Mosén Sol. Vida de Manuel Domingo y Sol, fundador de la Hermandad de Sacerdotes Operarios Diocesanos*. Sígueme, Salamanca 1978, 540 págs.

Asistimos en los últimos años a un redescubrimiento de eclesiásticos del siglo XIX que tuvieron una incidencia marcada en la Iglesia española. Numerosos fundadores de órdenes y congregaciones religiosas decimonónicas están siendo objeto de estudios biográficos densos, críticos y documentados. Este es el caso de Mosén Sol, el célebre sacerdote tortosino, cuya existencia terrena cubrió dos tercios del XIX y el primer decenio del XX, desde 1836 hasta 1909. Sus anteriores biografías quedan ampliamente superadas con la presente obra, en colaboración de dos sacerdotes operarios diocesanos, el actual superior general de la Hermandad, Lope Rubio, y el catedrático de Historia Eclesiástica de la Pontificia de Salamanca, Francisco Martín. Siguiendo un esquema tradicional, ampliamente aceptado en este tipo de ensayos biográficos, los autores han sabido trazar las líneas fundamentales del hombre y su idea, la expansión de su obra y el legado que Mosén Sol ha dejado para la Iglesia.

Superando los límites estrictamente personales del biografiado y los avatares de su "carrera sacerdotal" es necesario poner de relieve la aportación que el presente libro supone para la historia de la formación sacerdotal en la España del ochocientos, ya que los autores han tratado con acierto dos vertientes fundamentales de la vida apostólica del biografiado, por una parte la fundación de la Hermandad de Sacerdotes Operarios Diocesanos y por otra la erección de numerosos colegios, auténticos seminarios, en España y Portugal, así como del Pontificio Colegio Español de San José en Roma, centro neurálgico para la formación de los altos dirigentes de la Iglesia española.

Digo que se trata de una aportación valiosa, aunque no definitiva, ni el libro pretende serlo, porque salen a la luz aspectos poco conocidos e incluso ignorados de la vida de los seminarios españoles decimonónicos. Tengo entendido que los autores completarán la presente biografía con un amplio estudio sobre los seminarios en la España contemporánea y con una monografía histórica sobre el Colegio Español de Roma. Este tríptico ofrecerá una visión más completa del tema que nos ocupa.

Mosén Sol es una obra esencialmente apologética, aunque los autores han evitado con acierto caer en el superado estilo de las antiguas vidas de santos. Era justo además que lo hicieran así habida cuenta del avanzado estado en que se halla el proceso de beatificación del siervo de Dios Manuel Domingo y Sol. Pero estas consideraciones no deben prevenir al lector porque encontrará un trabajo hecho con rigor y seriedad, enriquecido con centenares de notas que dan solidez al texto y avalan su contenido. Han sido ampliamente consultadas y debidamente citadas las fuentes que Mosén Sol dejó inéditas. Se trata de

47 volúmenes, divididos en 14 de predicación, 23 de cartas y 10 de escritos varios. Únase a esto una copiosa y selecta bibliografía que abarca desde las obras esenciales sobre el XIX eclesiástico español hasta boletines eclesiásticos de numerosas diócesis, revistas tortosinas y nacionales, periódicos, etc.

Puede resultar farragosa la frecuente inserción de textos de Mosén Sol en el cuerpo de la obra, que quizá podían haber ido en nota, pero queda justificado este método por el carácter del libro, que pretende poner de relieve los aspectos más salientes de la humanidad del fundador de los Operarios y contribuir a la difusión de su ideario espiritual y apostólico.

Mosén Sol se convierte, pues, en cita obligada para cuantos se aproximen al estudio de la formación sacerdotal en nuestra reciente historia. No obstante la riqueza documental aportada, me permito aconsejar a los autores que, de cara a una segunda edición, la completen con una detenida consulta de los fondos del Archivo Vaticano, donde ciertamente encontrarán nuevos datos sobre las fundaciones de Mosén Sol.

VICENTE CÁRCEL ORTÍ

HUERGA, ÁLVARO, *Savonarola. Reformador y profeta*. Biblioteca de Autores Cristianos: 397, Madrid 1978, XXIII, 261 págs.

La bibliografía sobre Savonarola es inmensa. Desde su muerte (23 mayo 1498) hasta nuestros días ríos de tinta han corrido en defensa o ataque del *Frate*. La historiografía savonaroliana está repleta de textos apologéticos, de signo fervoroso y devocional, y de obras polémicas que le condenan sin piedad. Tampoco falta el sector crítico, que ha pretendido superar los esquemas precedentes. A los numerosos estudios biográficos hay que unir un sin fin de artículos sobre la vida y la obra del dominico ferrarés.

Ahora el P. Huerga nos presenta un Savonarola nuevo. El dominico del "Angelicum" se pregunta quién fue su "Confratello" de la Italia renacentista y la respuesta queda sintetizada en los dos adjetivos del subtítulo. Savonarola fue un reformador y un profeta. Y escribiendo para españoles, a quienes Huerga dedica la obra, llega a afirmar, con palabras de Sañz Rodríguez, gran conocedor de nuestros clásicos, que España tiene con Savonarola una *gran deuda*, contraída al alba del siglo XVI (pág. 259).

Ciertamente, no todos estarán de acuerdo con la tesis de Huerga. Limitándose a historiadores españoles conocida es la opinión de Villoslada quien no duda en definir al *Frate*, rebelde, delirante y paranoico (*Historia de la Iglesia Católica*, vol. III, Madrid, Bac, 1967, págs. 444 ss.). También la historiografía del XVIII se dividió a favor y en contra de *Fra Girolamo*.

La obra de Huerga ofrece una visión parcial y limitada, aunque el autor confiesa abiertamente su "excesiva fidelidad a los criterios de una historiografía crítica, sin pasiones ni contemplaciones". Ha llegado incluso a dar un juicio —¡tremenda responsabilidad de un historiador!—, pero lo ha dado honradamente, "basado en el haz de la documentación y en la letra de sus obras" (pág. 260). Pero su monografía es ante todo una síntesis excelente y una puesta

al día breve, pero enjundiosa. El lector agradecerá que en pocas y apretadas páginas queden reunidas las obras de Savonarola, las ediciones y versiones españolas, las biografías antiguas y modernas, los estudios y otros subsidios, que a los no iniciados en el tema nos son de gran utilidad.

Al P. Huerga hay que felicitarle por el estilo elegante, ágil y ameno. La obra se lee con gusto porque el autor ha sabido resumir los trazos fundamentales de la agitada vida del dominico italiano e insistir en los momentos y acontecimientos más conflictivos de la misma: sus tensiones con Roma, la excomunión, el proceso y la muerte a horca y fuego.

VICENTE CÁRCEL ORTÍ

SANZ DE DIEGO, RAFAEL M.^a. *Medio siglo de relaciones Iglesia-Estado: El Cardenal Antolín Monescillo y Viso (1811-1897)*. Publicaciones de la Universidad Pontificia de Comillas. Serie I. Estudios, 15. Teología I, 9, Madrid 1979, LXXIX + 498 págs.

Los historiadores de la Iglesia en la España contemporánea estamos de enhorabuena por la aparición de este importante libro, largamente esperado, que llena un inmenso vacío de la segunda mitad del XIX. Su publicación ha coincidido con otro acontecimiento editorial de primera magnitud: la *Historia de la Iglesia en España*, dirigida por el P. García Villoslada, editada por la BAC-Maior —en junio de 1979 han aparecido el vol. I y el V (dedicado éste a la *Iglesia en la España contemporánea*)—, hito fundamental de nuestra cultura. Sanz de Diego es uno de los brillantes colaboradores del tomo V y a su cargo corre el capítulo más original del mismo: “La Iglesia española ante el reto de la industrialización” (aspectos económicos y sociales), magnífica síntesis, quizá excesivamente apretada —porque el tema da para mucho más y merece una monografía que el autor debe ir ya preparando— de una de las parcelas menos roturadas de nuestra historia eclesiástica más reciente.

La obra que ahora presento no es una simple biografía del cardenal Monescillo, a la que se dedica un amplio primer capítulo de 100 páginas, sino un análisis minucioso, crítico y documentado de los principales temas que agitaron las relaciones entre el poder espiritual y el temporal en la España decimonónica, siguiendo los escritos pastorales y la correspondencia privada de Monescillo con autoridades eclesiásticas y civiles.

Habiendo sido Monescillo el obispo español más prolífico del XIX son de agradecer las 28 densas páginas (págs. XXIX-LVII) que reúnen su producción literaria desde 1839 hasta 1897, siguiendo un riguroso orden cronológico. Hubiera sido preferible otro sistema; por ejemplo, separar las obras de tipo filosófico o teológico de los escritos de carácter estrictamente pastoral, y aun éstos subdivididos en categorías, pues encontramos mezcladas cartas pastorales de gran envergadura y amplitud con breves circulares o textos que no tienen más de una o dos páginas. La explicación de los fondos documentales nos descubre el itinerario de Sanz de Diego, que ha debido visitar 27 archivos en España, en Roma y en el Vaticano para reconstruir la vida y la obra de Monescillo. Es, sin duda alguna,

la mayor garantía del libro: su solidez documental. Cuando asistimos, por desgracia, a espectáculos como el que nos ofrecen algunos historiadores de nuestro reciente pasado, quienes huyendo de los archivos se limitan a elaborar apresuradas síntesis a base de bibliografía elemental y superada o de periódicos y revistas de escaso valor, el método seguido por Sanz de Diego es un ejemplo a imitar por cuantos se acercan a nuestra historia eclesiástica.

Al capítulo biográfico siguen el análisis del pensamiento de Monescillo sobre las relaciones Iglesia-Estado (cap. 2.º), sus contactos con el poder civil (cap. 3.º), con los partidos políticos (cap. 4.º), su actitud frente a la unidad católica (cap. 5.º) y ante la cuestión social (cap. 6.º). El capítulo conclusivo, el 7.º, descubre el perfil intelectual y humano de Monescillo.

Al interés general que este libro encierra para la historia de la Iglesia en el XIX español se une el particular para Valencia, de donde Monescillo fue arzobispo y cardenal en la madurez de su vida episcopal, desde 1877-1892. Quince años de historia diocesana. Sanz de Diego no se limita a los grandes temas de la actividad pastoral de Monescillo en Valencia, sino que desciende a los detalles más ocultos de sus relaciones con el cabildo, clero, seminario, religiosos, autoridades civiles, etc. El ruidoso conflicto relacionado con la cofradía de la Virgen de los Desamparados queda ampliamente documentado y lo mismo puede decirse del concilio provincial valentino de 1889.

Sanz de Diego concluye su monografía comparando a Monescillo con el Quijote. "Como el personaje de Cervantes, este otro Manchego (Monescillo era natural de Corral de Calatrava) vivió también para un gran ideal. Al defender los derechos de la Iglesia pretendía sobre todo rescatar un sitio para Dios y la Religión en la sociedad moderna, en concreto en el mundo político. Quiso también demostrar palmariamente la debilidad y las inconsecuencias de las ideologías que, a su juicio, prescindían de Dios y de la Religión... De la Mancha heredó el quijotismo, la lucha noble y constante por un ideal inalcanzable, la lucha del que quiere resucitar un tiempo que ya pasó" (págs. 489-490).

El *Monescillo* de Sanz de Diego es la primera gran biografía de un obispo español del XIX. El autor ha tenido la suerte de encontrar un personaje de larga vida, fecundo en acciones y comprometido en las tensiones político-religiosas de su tiempo, de ahí que a través de Monescillo se pueda descubrir medio siglo abundante de relaciones entre la Iglesia y el Estado. Este tema es de tal amplitud que, ciertamente, la obra de Sanz de Diego no basta para abarcarlo en extensión y profundidad. Pero, de momento, disponemos ya de un texto excepcional, casi definitivo, al que deberán recurrir los estudiosos de la Iglesia en nuestra reciente historia. Sanz de Diego continúa la serie, ya prestigiosa, de profesores jesuitas que han dedicado a temas del XIX lo mejor de su producción científica. Me refiero a Revuelta, Díaz de Cerio, Martín Tejedor, Valverde y Petschen. *Estudios Eclesiásticos*, revista dirigida con acierto por nuestro autor, no sólo se ha convertido en cátedra abierta a temas filosóficos y teológicos de nuestro tiempo, porque la historia de la Iglesia contemporánea ha comenzado a recibir el espacio y el tratamiento que merece. Mucho puede hacer desde esta atalaya Sanz de Diego en la noble y difícil tarea de ir colocando lentamente bases sólidas para construir un día el gran edificio de nuestra historia eclesiástica.

MOLTMANN, J., *La Iglesia, fuerza del Espíritu*, Ed. Sígueme, Salamanca 1978, 429 págs.

Tomando por base los cursos de eclesiología profesados en Bonn y Tubinga, Moltmann ha compuesto un libro en el que las preocupaciones teológicas propias de un trabajo universitario han sido fecundadas por las experiencias compartidas con cristianos de diversas latitudes e inmersos en circunstancias políticas y eclesiales muy dispares. Sin embargo el autor confiesa que escribe desde la República federal de Alemania y dentro de la Iglesia nacional evangélica; pero este punto de partida no determina, a su juicio, el contenido del libro. Y así tendría que ser, desde el momento en que se fija como presupuesto de una eclesiología actual la necesidad de tener en cuenta cuatro dimensiones fundamentales de la Iglesia, es decir, la cristiana, la misionera, la ecuménica y la política. Hay que decir de entrada que no se alcanza por igual un resultado satisfactorio en lo que concierne a dichas dimensiones. Mientras se pone de relieve con singular fuerza el hecho de que Cristo es el Señor de la Iglesia —la dimensión cristiana— y las perspectivas política y misionera alientan a lo largo de toda la obra, el tratamiento del aspecto ecuménico deja al lector insatisfecho. Y si éste es católico u ortodoxo hallará muchos motivos de discrepancia.

El libro, de gran riqueza en su contenido, desborda los límites habituales de una eclesiología. Y es obvio, por tratarse de una *eclesiología relacional*, que se desarrolla a partir de la cristología y de la escatología y, por consiguiente, desde una comprensión de la historia trinitaria de Dios con el mundo. La presente obra presupone y completa las dos precedentes del mismo autor (*Teología de la esperanza* y *El Dios crucificado*), que originaron grandes debates entre los teólogos y cuyos puntos de vista se prolongan en este estudio. Moltmann habla siempre desde el modo de pensar “escatológico y anticipador”, que contrapone al “pensar que considera la historia de un modo retrospectivo”. No es cuestión de repetir aquí las perspectivas que Moltmann ha abierto y las críticas que ha recibido por lo que se estima una insuficiente consideración de la historia. Pero había que señalar, al menos, lo que constituye una de las claves de lectura del libro, y cuya huella se descubre en todas partes.

La obra está llena de noticias interesantes para conocer la comprensión de la Iglesia en la tradición de la Reforma, y la evolución de la eclesiología protestante en lo que respecta a la dimensión misionera y política de la Iglesia. M. ha escrito páginas magníficas como las dedicadas a la misión mesiánica de Jesús y “la comunidad del Éxodo”, la pasión de Jesús y la “comunidad de la cruz, o sobre el estilo de vida mesiánico. Al subrayar la soberanía única de Cristo sobre la Iglesia, M. se mantiene en la mejor tradición de la Reforma, aunque ha sido acompañada de “la tendencia protestante a reducir la eclesiología a la cristología”, a la que “corresponde, por parte católica, la tendencia opuesta”. No es el momento de analizar hasta qué punto es o no cierto el reproche dirigido al catolicismo. Pero hay que decir, disintiendo de la opinión de M., que la Iglesia desde la que escribe condiciona, y mucho, el contenido de su libro. Afloran demasiados atavismos confesionales y es insuficiente la atención a la tradición de la Iglesia anterior a las divisiones para que se pueda considerar logrado el

objetivo de escribir un libro ecuménico. El resultado es particularmente decepcionante en el caso de la teología sacramentaria —bautismo y eucaristía— y en la concepción de los ministerios. Y no sólo considerado desde el punto de vista católico u ortodoxo, sino habida cuenta de los avances realizados en los diálogos interconfesionales. Dentro de la tradición de su propia Iglesia introduce planteamientos nuevos, partiendo de la perspectiva de la historia escatológica de Dios y la historia trinitaria de Dios. Pero hay que pensar que alguna propuesta ha de resultar extraña en su misma Iglesia: “Hemos de preguntarnos si el bautismo y la confirmación han de considerarse en lo sucesivo como supuesto de admisión a la cena eucarística”; aunque “no por ello se convertirá en un banquete en el que participará indiscriminadamente todo el mundo, ya que la invitación llama a la comunión con el Crucificado y exhorta en su nombre a la reconciliación con Dios” (pág. 309). Al concluir la lectura del libro, le queda una duda al lector: la afirmación, tan reiterada como cierta, de que la Iglesia existe a partir de la misión mesiánica de Cristo y de la efusión escatológica del Espíritu, ¿no se hace a expensas de un oscurecimiento e infravaloración de la historia de Jesús en relación con el origen de la Iglesia? En todo caso el tratamiento que se hace de la Iglesia del Nuevo Testamento es apresurado. Por eso algunas páginas sugestivas sobre la unidad y apostolicidad de la Iglesia apenas tienen en cuenta los datos neotestamentarios sobre los Doce y los ministerios. Y resultan, en consecuencia, insuficientes.

La apertura de M. a las experiencias en distintas Iglesias no encuentra el paralelo adecuado en el conocimiento de sus tradiciones doctrinales. Sorprende que en ciertos contextos no se cite siquiera a algunos autores católicos de lengua alemana. Antes que formular por ello un fácil reproche, hay que reconocer lo difícil que resulta realizar lo que M. propone como tarea a las Iglesias separadas que todavía no pueden expresarse de forma unánime: *vivir de un modo conciliar*. Esto significa dejarse aconsejar por las otras Iglesias en las cuestiones concernientes a la propia Iglesia e interesarse por las cuestiones de las demás Iglesias. “Si en cada Iglesia particular está presente la Iglesia universal” (pág. 31), cada Iglesia participará de los problemas de las demás y ya no se podrá decir de un problema que es sólo intracatólico o intraprotestante. El axioma que apunta M. está acorde con la teología del Vaticano II; pero sólo en su tenor literal. En un caso se habla de distintas Confesiones; en el otro, de distintas comunidades de la Iglesia católica. En todo caso continúa siendo cierto que las Iglesias deben dejarse interpelar mutuamente. Pero el lector se pregunta a veces de qué Iglesia habla el autor. Se repite, por un lado, que la Iglesia de Cristo es única, una e indivisible; se afirma, por otro, la multiplicidad de Iglesias. Pero no se dilucida suficientemente la relación entre ambas afirmaciones. Se trata, en suma, de un libro en el que junto a magníficos logros se hallan bastantes ambigüedades.

VARIOS, *Diccionario para padres y educadores*, Ed. Sígueme (Soc. de educación Atenas), Salamanca 1978, 347 págs.

Este Diccionario para padres y educadores está bien concebido pedagógicamente. Se profundiza de un modo relativo en los temas que más pueden preocupar a los padres ante la problemática creada en las edades típicamente educativas (infancia y adolescencia). Como muy bien dice el Prólogo, no se dan soluciones; no es libro de recetas; son más bien orientaciones para que, reflexionando sobre los problemas concretos, se pueda prestar una ayuda a su solución. Aunque el título habla de "padres y educadores", quizás sea más útil a los padres, porque a los educadores debe suponerseles con más dominio técnico de los temas del Diccionario. El vocabulario seleccionado es el básico y el índice analítico da una idea clara de que no se profundiza en los temas, pero sí se da una orientación con honradez y seriedad. Los padres a quien pueda interesar este Diccionario deben tener un nivel cultural medio, porque, aunque no se usan tecnicismos, no es precisamente un libro de nivel popular. Puede ser muy recomendable para bibliotecas de asociaciones de padres, de alumnos, etc. Quizás lo mejor del libro sea el artículo introductorio de Groothoff, director de la edición, aclarando y puntualizando con sencillez profunda los problemas de la infancia y de la adolescencia.

CELIA GIMÉNEZ

BOFF, LEONARDO. *El rostro materno de Dios*. Ediciones paulinas, Madrid 1979, 308 págs.

Este libro, que trata del valor teológico de lo femenino, es extraordinariamente audaz y de muy notable originalidad en un tema que está todavía por explorar. Merece en él destacarse el planteamiento de su mariología, montada sobre el principio de lo "femenino" (pág. 149 ss.), así como el estudio de la femineidad en la psicología de Freud y de Jung (pág. 259 ss.). Sin embargo, el libro adolece de un defecto que es el menos perdonable en una obra teológica: la frivolidad.

En efecto, es frívolo cuando trata de liquidar una civilización supuestamente "machista" que ha durado nada menos que milenios (unos milenios que incluyen por entero la aparición de la Biblia, la Tradición entera de la Iglesia y todos los elementos imaginables de la cultura en la que todos hemos nacido). Todo esto queda zanjado por el autor, gracias a la afirmación simple del supuesto axioma de la "igualdad" de ambos sexos. Llama la atención que un axioma tan seguro e infalible no tenga más precedente que una más que discutible sociedad prehistórica matriarcal que el autor empalma de repente, a cinco mil años de distancia, con otra igualmente discutible revolución feminista realizada (o más bien deseada) en nuestros días. Toda la Biblia, toda la Tradición cristiana, toda la cultura de que se guarda memoria, están, al parecer de Boff, inficionadas de error con respecto a este punto, porque se supone que han estado siempre condicionadas por

unas relativas y caducas estructuras históricas. Parece, pues, que sólo ahora hemos caído en la cuenta de la única verdad, y es que el hombre y la mujer son (o, más bien, le gustaría a Boff que fueran) absolutamente iguales.

Bien es verdad que esta opinión es hoy defendida por grandes masas del público, pero un teólogo no debe dejarse arrastrar por opiniones vulgares, pues, como dice la *Celestina*, no hay nada que esté más lejos de la verdad que la vulgar opinión. Resulta, pues, simplista el postulado fundamental del libro, y por tanto poco serio, igual como ocurre con gran parte de sus conclusiones, plagadas de tópicos y con no disimulada propensión a una cierta demagogia, muy de moda en el continente sudamericano.

El autor, que hace un análisis bastante aceptable en el orden científico, pero intolerable en el orden filosófico y teológico, debería haber caído en la cuenta de que las diferencias entre ambos sexos (a la vez cualitativas y cuantitativas, pero siempre complementarias) no son diferencias de valor o dignidad en la persona, sino diferencias de *funcionalidad*. La vida humana es un *proceso* que exige y justifica niveles diversos, precisamente porque debe ascender hacia una *meta* que se halla sólo en el Reino de los Cielos (¿no es esto esencial a una interpretación teológica de la antropología?); por eso es allí, pero sólo allí, donde esperamos que desaparezcan o se disuelvan las diferencias entre hombre y mujer (comparen Gál. 3, 28 con Mat. 22, 30).

Su antropología habría resultado más acertada si hubiera tenido en cuenta un elemento fundamental que no menciona para nada en todo el libro: se trata del *niño*, a cuyo año internacional ha olvidado rendir el debido homenaje. Es decir, la humanidad no consta de dos elementos naturalmente estructurales sino de tres: padre, madre y niño. Sólo esta Trinidad explica y justifica el valor de *función* mediadora que tiene la madre, la cual, por acompañar al niño desde un padre y hacia un padre biológicamente más original y más terminal, se ha debido acercar más al niño (o la ha acercado la propia Naturaleza). Eso explica, aun al margen de indudables defectos históricos y culturales, la aparente, pero funcional, inferioridad de la mujer con respecto al varón.

En el orden teológico es de observar que, al margen de toda atribución de los valores complementarios de ambos sexos a Dios (nada hay que objetar en esto), es cierto que la analogía sexual está aplicada por la Revelación no a Dios en sí mismo sino a sus relaciones con la Historia, lo cual justifica la asunción indiscutible que hace el Dios bíblico de uno de los términos del diálogo (el varón), como contrapuesto al otro término, que con perfecta congruencia se atribuye a la representación de la Humanidad (la mujer). Aquí no hay desprecio implicado al sexo femenino, pues lo que vale en la simbología de la Revelación es el conjunto armonioso, aunque desigualmente activo, libre y responsable, de ambas partes de la Alianza.

No deja de ser digna de atención la audaz hipótesis de suponer que María encarna una *unión hipostática* del Espíritu Santo (págs. 114 ss.), al menos porque pone de relieve dos intuiciones muy valiosas y, a mi entender, muy acertadas: la estrechísima vinculación de María a la persona del Espíritu, y la intervención peculiar de éste en la Historia salvífica. Sin embargo el autor se ha pasado, de tal modo que esta hipótesis no sólo habrá de ser irremisiblemente rechazada por el Dogma católico sino por el más elemental razonamiento teológico. Por ejem-

plo: ¿Ha pensado el autor que a la Unión Hipostática sigue consecuentemente una *comunicación de idiomas*, en virtud de la cual la Persona Espíritu-María habría de reconocerse como eternamente Madre del Verbo? ¿No corrompe esto la fe en la Trinidad, según la cual el Verbo en ningún caso puede decirse que proceda del Espíritu, sino que es éste quien del Padre y del Verbo procede? Además, el Espíritu no puede unirse hipostáticamente a ningún individuo humano porque tiene como nota la ubicuidad, el pluralismo, el estar en muchas personas a la vez, como está eternamente en el Padre y en el Hijo, como estuvo en Pentecostés en toda la multitud (bien que lo ha destacado Heribert Mühlen); y aún podemos decir que el Espíritu tiene como nota o propiedad el darse en diversas medidas y funciones con cierta fluidez, el darse más o menos y el retirarse (ver Num. 11, 25 y I Cor. 12), así como el estar siempre en dependencia del Verbo. En este sentido estuvo más en María que en nadie, y con mayor estabilidad, debido a la inmediatez del Verbo, que es su fuente.

Aprovechando la hermosa simbología sexual, tan desarrollada por las modernas teorías del psicoanálisis, habría podido Boff sacar mejor partido de esta intuición apenas explorada por los teólogos: el Espíritu es lo *fálico*, lo transitivo vitalizador y amoroso, lo que pasa del Padre-Dios (con el Verbo) a la Madre-Virgen, porque ya eternamente pasa del Padre al Hijo, siendo a la vez de los dos.

GONZALO GIRONÉS